

# Atenea



Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes  
Publicada por la Universidad de Concepción (Chile)

Año XXX

- Abril de 1953

- Núm. 334

## Puntos de vista

Congreso de la Cultura

*Es probable que de ninguna columna editorial se guarde un juicio más desapasionado acerca del Congreso de la Cultura que se realizará en nuestro país, como de esta publicación dedicada, durante varios lustros, al servicio exclusivo del pensamiento. ¿Qué vemos nosotros, los escritores y maestros chilenos en la inminencia de un Congreso de la Cultura? Ante todo, una posibilidad indiscutible de intercambio cultural, en seguida, un torneo durante el cual los problemas estéticos e históricos que vive el hombre de hoy serán analizados bajo la luz poderosa del libre examen. Sabemos —y deseamos que esta posición no se desvirtúe por ningún motivo— que los organizadores del Congreso de la Cultura han invitado a escritores, profesionales e intelectuales de diversas ideologías, políticos y apolíticos, sin exigirles otra disposición que su anhelo de plantear sus ponencias culturales y la relación que éstas tesis tienen con la paz y la fraternidad de los pueblos.*

*Estimamos que bajo la palabra "cultura" bulle una necesidad de afinamiento, de cultivo, de intercambio de dis-*

ciplinas intelectuales y que estas destrezas no constituyen patrimonio sólido en el historial apasionado de los hombres. En cualquier momento del destino humano surgen algunos diestros que polarizan las impulsiones más oscuras y negativas del hombre y si el contagio se propaga sin freno, caemos en una sima de ignorancia de la que no sabemos cómo salir ni cuánto vamos a perder, en la dolorosa empresa, de nuestro patrimonio de cultura.

El progreso cultural, científico y aun artístico de la humanidad no caminan a paso imperturbable. La historia frágil del pensamiento está poblada de lagunas, de retrocesos, de pérdida y destrucción, que obligan a recomenzar caminos y resignarse con ciertos jalones o puntos de referencia cultural, no siempre los más hábiles. La ciencia, antes de los griegos, estuvo asociada a la magia y la hechicería, los romanos la hicieron más pragmática y los árabes la salvaron durante la tortura espiritual del Medioevo en que el hombre, acosado por el hambre, la peste y la intensificación del miedo original, esperó una vida eterna, más plena y feliz que su existencia temporal. Después, la ciencia afirma su progreso y desde la mitad del siglo pasado hasta hoy, logra su percepción inteligente de la naturaleza y de la vida, traspasar el umbral de lo maravilloso. ¿Podría negarse entonces que un Congreso de la Cultura al estimular y fortalecer las disposiciones intelectivas más nobles y frágiles del hombre, busca evitar el retroceso, quiere darnos un destino de perfeccionamiento idealista, en vez de situarnos como futuros dueños del mundo, pero con

determinación de destruirlo? He aquí un aspecto del torneo que habrá de mover a meditación libre y honesta.

Otra faceta primordial que contiene el Congreso de la Cultura, es la posibilidad de un intercambio humano entre escritores de América y de Europa, a quienes sólo conocemos por su obra literaria. Un criterio estético escapista y decadente habría limitado allí, en la página escrita, en la orfebrería de la obra de arte, la oportunidad que tienen los hombres de conocerse; pero la vida moderna impulsa a otra conducta. El escritor, el poeta, el ser hipersensible, necesitan hacerse reales en el conglomerado social que integran, no sólo por su arte, que incumbe, por lo general, a una minoría, sino también por su palabra espontánea, por su juicio aplicado a los diferentes problemas sociales que malograrán o salvarán sus obras. No hay sitio ya para la neutralidad estética y es paradójico que aquellos que más la recomiendan actúan en determinadas tendencias, se asilan o robustecen con su acción, tales o cuales doctrinas. El escritor, por otra parte, es una minoría dentro de su propia densidad social, subsiste en ámbitos con personas tan distantes de su propia evolución cultural, como si viviera otra época y hablara otro lenguaje y es, a menudo, dominado por esas fuerzas de modo brutal. Un Congreso de la Cultura, con el sentido estricto y "culto" que nosotros le damos, contribuirá a que los escritores se conozcan y a que intercambien ese fugaz resplandor de humanidad, de vida súbita y espontánea, que no siempre puede fijarse en la página de un libro. En el continente iberoamericano, los escritores no nos conocemos como per-

sonas y lo que es más grave, ignoramos la obra literaria y artística común, salvo muy raras y extraordinarias excepciones. Resulta absurdo, entonces, hablar de ideales políticos de unidad, del sueño de Bolívar y de otros próceres, mientras permanecen amuralladas en sótanos de librería las expresiones más puras y altas, los factores más genuinos de acercamiento, como son la obra literaria y artística.

Planteada así en un terreno propiamente cultural, la realización de un Congreso de la Cultura, ajeno a toda influencia bastarda de intereses políticos inmediatos, hacemos votos por que se cumplan sus finalidades de acercamiento de hombres y pueblos, que tanto necesitamos en nuestros días.